

pasiano decía: «¿Crees que este dinero huele mal?» (1)

Todo esto carece de dignidad á buen seguro; pero bien pudieran ser chascos dados por un anciano que gustaba de reír, ó más bien invenciones de la maledicencia puestas en circulación por la dorada juventud de Roma, por aquellos elegantes libertinos de la corte de Nerón que no podían avenirse á que el plebeyo emperador llevara cuenta exacta de los fondos del Estado, que el heredero de los Julios les prodigaba en fiestas y orgías: para ellos, ser pródigo era hacer de César. Dejemos á un lado estas miserias y vengamos á la historia seria.

Es imposible hacer el presupuesto del imperio, y después de todas las probabilidades, sus recursos no eran muy considerables: bajo el reinado de Domiciano el aumento de un tercio para atenciones del ejército arruinó el erario militar, bien que estuviera sostenido por las más crecidas rentas del Estado. Los malos príncipes subvenían á esta insuficiencia financiera con la ley de lesa majestad; pero Vespasiano no estaba por arreglar sus cuentas á la manera de Nerón y de Calígula.

Con todo eso, de diez años atrás no hacía nada el gobierno por el imperio, y á las ruinas causadas por la incuria del poder, se habían añadido las que provenían de las discordias intestinas: todos los servicios públicos estaban resentidos; muchos acreedores hacían reclamaciones al tesoro; no pocas ciudades solicitaban que se les ayudara á reedificar sus templos ó murallas, y sólo la reconstrucción del Capitolio, es decir del santuario nacional, debía costar sumas enormes. Y todavía era menester reparar puentes y calzadas; reconstruir los campamentos de estación (*castra stativa*) destruidos en ciertos puntos por los bárbaros; establecer numerosas colonias de veteranos para hacer las legiones más dóciles y disminuir los gastos de la paga; llenar los almacenes saqueados por la guerra civil; proveer en fin á los desembolsos que necesitaba la reorganización militar de las fronteras.

No conocemos las guerras de Vespasiano, bien que tres veces en el 71 tomara el título de *imperator* y otras tres el año siguiente; pero viéndolo hacer de la Capadocia una provincia imperial proconsular con numerosas guarniciones para atajar las correrías que la desolaban, y hacia el Danubio, extender su influencia sobre los bárbaros hasta más allá del Boristenes; leyendo en Tácito que Velea, la famosa profetisa de los brúcteros, fué conducida cautiva á Roma, que Cerialis venció á los brigantes y Frontino á los siluros, debemos creer que Vespasiano hizo un vigoroso esfuerzo en toda la línea de sus puestos avanzados, á fin de imponer á las naciones extranjeras el respeto del nombre romano, que dos años de anarquía habían disminuído notablemente. Estas expediciones, con ser afortunadas, eran también una causa de cuantiosos gastos.

He aquí el secreto de aquella severa economía, que pareció á los pródigos y á los ligeros vergonzosa laceria. Vespasiano declaró una vez á los Padres conscriptos que, para restablecerlo todo en buen estado necesitaba cuatro mil millones de sestercios, ó según otra versión, cuarenta mil millones (2). Condujo audazmente esta obra de reparación

(1) Impuesto sobre los oñaderos públicos, etc.

(2) Mil millones de francos, si se lee *quadragies*; diez mil millones, si se conserva *quadringentes* (Suetonio, *Vesp.* 16). Véanse en *Fragmenta historicorum graec.* tom. IV, p. 578 (edic. Didot) dos pasajes de Juan de Antioquia y de Suidas muy favorables á Vespasiano. Aur. Victor (*de Cas.* 9) le es muy favorable, y dice á propósito de la inculparción de avaricia: *Uti quidam prave putant*. Eutropio (*Epit.* VII, 13) lo acepta, pero añadiendo que no tomó jamás nada de nadie y que colmaba de larguezas á los necesitados.

restableciendo los impuestos abolidos por Galba, creando otros nuevos y aumentando los de provincias. Así, tanto para esta reorganización financiera del imperio, cuanto para su reorganización política y moral, se hizo nombrar censor. El catastro que hizo formar ayudó á descubrir muchas tierras y personas que se habían librado del impuesto ó no se habían inscrito en los registros. Vespasiano los hizo incluir en ellos y se aumentó en un doble el tributo de muchas provincias.

Nerón había prodigado indiscretamente las inmunidades: Vespasiano las anuló, y todavía creó en provecho del tesoro, formando nuevas provincias, una nueva materia imponible. Esto era lo que quería, cuando retiró sus franquicias á ocho Estados que habían quedado libres y que en general hacían muy mal uso de esta libertad. Todas estas disposiciones, que se comprenden muy bien, son de un hombre de Estado que sabe encontrar recursos para hacer frente á gastos necesarios.

También creó nuevas obligaciones ó gastos permanentes. Rudo y todo como era en su producción, el hijo del publicano de Reate comprendía muy bien la influencia de las letras y de las artes, y las protegió «concediendo ricas gratificaciones y magníficos presentes á los poetas célebres (3) y á los artistas famosos, como por ejemplo, al que hizo la Venus de Cos y al estatuario que reparó el coloso. Constituyó también, á cargo del tesoro, una pensión anual de 100.000 sestercios (20.000 francos) á retóricos griegos y latinos.» Quintiliano, que fué el primero que la recibiera, la conservó por espacio de veinte años, y fué además honrado con las insignias consulares. Se ha dicho que esta liberalidad inesperada (4), que vale hoy todavía al viejo soldado los plácemes y aplausos de los amigos de las letras, provenía menos de amor á la literatura que del deseo de gobernarla y que era la primera invasión del Estado en las cosas del ingenio. Sin duda Vespasiano no pensó en ello siquiera y simplemente siguió un movimiento de la opinión: las necesidades de una sociedad culta se desenvolvían en el seno de un imperio rico y tranquilo. Aquellos romanos que no podían ya obrar ni sabían pensar fuera del círculo de las ideas griegas, ocupaban sus largos ocios en hacer en verso ó en prosa continuas variaciones sobre temas conocidos. Todos escribían ó declamaban, y como había *prudentes* para resolver las dificultades de derecho, se quiso que hubiera también maestros que esclarecieran las cuestiones de gramática y de retórica. Los particulares establecían escuelas, bibliotecas, fondos en favor de los jóvenes pobres; y las ciudades nombraban profesores públicos, ó como nosotros diríamos ahora fundaban cátedras de enseñanza (5). El Estado hizo lo que hacían las ciudades.

Fuera de esto, todo lo que era en otro tiempo actividad libre, industria privada, se regulaba y tomaba su lugar en la gran máquina construída por los emperadores. Ya en tiempo de Nerón se había hecho entrar á los médicos en

(3) Suetonio hace sin duda alusión al donativo de 500,000 sestercios que, según testimonio de Tácito, hizo Vespasiano á un famoso poeta de aquel tiempo, Saleyo Baso, á quien no conocemos.

(4) Augusto había asignado ya la misma asistencia á Verrio Flacco, hijo de un liberto, el más célebre maestro de su tiempo, á quien encargó la educación de sus nietos (Suetonio, de *Illust. gram.* 17).

(5) Plinio, *Epist.* I, 8; IV, 13... *Annus sumptus in alimenta ingenuorum... multis in locis... praecipuos publice conducuntur*. Tenían también privilegios considerables. Todos los que *publice juvenibus prosunt* (Dig. XXVII, 1, 6, § 5), filósofos, retóricos, gramáticos, estaban dispensados de tutelas, sacerdocios, servicios municipales, de la milicia y de la obligación de asistir como jueces á los tribunales ó ir en legación al emperador. Los médicos tenían los mismos privilegios.

los cuadros de la organización oficial y municipal, dando honorarios, inmunidades y un título á los médicos de ciudad y de distrito, *archiatri populares*, y á los médicos del palacio, *archiatri palatini*, que acabarán todos por tomar una especie de autoridad sobre sus demás colegas.

Vespasiano hacía lo mismo con respecto á las letras: dándole plaza en la corte y en el Estado, obedecía á aquel espíritu de clasificación que había inoculado Augusto en el gobierno imperial. Así, la administración, como el pez de mil brazos que en el libre Océano detiene y devora todo lo que pasa á su alcance, iba á tomar y envolver cuanto había vivido antes libremente. Cuando haya conseguido realizar esta obra de absorción, habrá suprimido todo movimiento, toda vida: la perfección del sistema será, para el imperio, la inmovilidad, y poco después la muerte.

Hay que decir, sin embargo, que algunos retóricos se propusieron desde entonces sacar del fondo que se les abría y acallaron su elocuencia, mientras otros continuaron sus declamaciones *contra los tiranos*.

Suprimiendo la guerra civil y la vida política, había hecho el imperio muchos ociosos, que después de las proscripciones triunvirales, como entre nosotros después del Terror, se encontraron tan bien hallados, que no desearon otra cosa durante muchos años y repetían á su sabor el verso del poeta:

Deus nobis haec otia fecit.

El pacífico y admirable reinado de Augusto se debió tanto á la universal lasitud, cuanto á la prudencia del príncipe; pero á la larga fatiga también el reposo, cansa la admiración y hasta aburre la misma felicidad. A partir del reinado de Tiberio, hubo de formarse en Roma una oposición muy pobre de ideas y de sentido político, muy rica de ese espíritu sarcástico que gusta de la maledicencia, de las palabras huecas y sonoras, delicia de los ociosos en los salones ó en los pórticos. No era un partido armado de un plan preconcebido, y dispuesto á regir la máquina del gobierno, sino una agrupación de descontentos incapaces de obrar, y por lo mismo muy capaces de arriesgar la cabeza por un chiste, como dice Séneca el viejo. Alrededor de ellos había algunos filósofos cínicos y estoicos, dos sectas indiferentes á la política, pero que suministraban á las cabezas insanas bellos temas de declamación contra la sociedad y contra el Estado.

«Estos hombres, decía Mucio, están hinchados de loco orgullo. Dejarse crecer la barba, arquear las cejas, envolverse en un manto sucio y roto y andar descalzos, es lo que hace al hombre sabio, animoso y justo: lo demás sólo es digno de desprecio. Los nobles son fatuos, las menores gentes espíritus mezquinos; el hombre bien parecido es un impúdico, el rico un ladrón, el pobre un servil.»

Juvenal, eco de la antipatía popular contra aquellos fogosos moralistas que pretendían decir la verdad desnuda así al pueblo como al príncipe, es más duro aún contra tales *hipócritas* (1). Vespasiano, con su censura, aumentó el número de sus adeptos expulsando del senado y del orden ecuestre á hombres mal reputados, que ocultaban luego sus rencores bajo el sucio y roto manto del filósofo. Tal fué aquel Palfurio Sura, que por complacer á Nerón, había luchado en la arena con una joven lacedemonia, por lo cual le arrancó Vespasiano la toga consular deshonrada. Esta desgracia hizo de él un estoico y un austero personaje, que reclamó la libertad y el gobierno popular hasta que

(1) Título de la 2.ª sátira.

volviendo á la gracia imperial bajo el reinado de Domiciano, vino á ser el más infatigable de los delatores, y luego trabajó como jurisconsulto en fundar la teoría de los derechos absolutos del imperio.

En tiempo de los príncipes que pronunciaban fácilmente una sentencia de muerte, estos hombres se habían mordido la lengua envolviéndose en el silencio: una actitud triste y resignada había bastado á su dignidad; pero en tiempo del bondadoso Vespasiano hablaban sin reserva, acusaban y hasta mordían. Al principio no hizo caso de ellos el emperador; pero indignados de una indiferencia que deprimía su virtud y mérito, y viendo que corrían el riesgo del olvido, si no forzaban el tono, llamaron la persecución juzgando que ella les daría la gloria sin el martirio. Algunos, ebrios de orgullo y de insolencia ante la impasible serenidad del príncipe, llegaron á arrostrar todo peligro para hacerle salir de su depresiva calma.

Y al fin hubo que darles gusto, poniendo en vigor una antigua ley republicana que expulsaba de la ciudad á los extranjeros (2). Uno de ellos, condenado al destierro por enseñar públicamente que el gobierno de uno solo era el peor de los gobiernos, supo la sentencia en el acto de estar pronunciando una declamación contra la monarquía, y continuó declamando. Otro, igualmente condenado á destierro, vió al emperador pasar por su lado, y en vez de levantarse á saludar al soberano del mundo, le dirigió un ultraje. Vespasiano se limitó á decir: «Haces lo posible para que te quite la vida; pero no he de matar á un perro que ladra.» Otro, Diógenes, haciéndose censor público de las costumbres de palacio, dirigió á Tito una invectiva en pleno teatro sobre sus relaciones con la reina Berénice. A este se le condenó á las varas. Heras, su colega, repitió muy luego la escena, sin perdonar ni al pueblo á quien llenó de insolencias. A este le cortaron la cabeza (3).

Estos reformadores que iban al teatro á reprender públicamente al príncipe y al pueblo, parecen ridículos, y en efecto, por la exageración de sus sentimientos y la procaacidad de su lenguaje lo eran ciertamente. Es, sin embargo, un síntoma grave esta censura pública de las costumbres y de las ideas del tiempo.

En la misma época, otros hombres rompían también con la sociedad romana y sus creencias. La reacción filosófica y religiosa contra el sensualismo pagano suscitaba apóstoles y aun mártires, y el mundo se empeñaba en un camino completamente nuevo, en que abundarán los incidentes dramáticos y los generosos sacrificios, pero en que se relajarán también los lazos sociales, y se debilitará hasta perderse el amor á la patria terrestre.

Vespasiano puso término á estas agitaciones renovando contra los estoicos y los cínicos los senadoconsultos republicanos que prohibían la entrada de los filósofos en Roma. Exceptuó de esta medida á Musonio, aquel caballero romano ya proscrito por Nerón y que, al parecer, no tomó de la secta más que lo bueno. Hubiera querido exceptuar igualmente á Helvidio, yerno de su amigo Trasea, tan honrado como su suegro, pero republicano extemporáneo que hacía consistir la libertad en ultrajar al poder. Lo que Demetrio y Diógenes hacían en la calle, hacía Helvidio en el tribunal y en la curia: conspiraba en alta voz y en el corazón del

(2) *Lex Junia de Peregrinis*, del año 126 ant. de J. C.

(3) No se sabe quién era este Heras. Dion se limita á decir (LXVI, 15): «Algunos sofistas cínicos, que habían entrado secretamente (παρὰ δόρυς) en Roma, fueron al teatro é insultaron al pueblo.» Acaso ocurrió este hecho después del decreto del destierro, lo que explicaría la muerte de Heras.

gobierno. Durante su pretura, jamás habló de Vespasiano en sus edictos, y cuando el príncipe volvió á Roma, lo saludó por su nombre de familia, como si el emperador no fuera á sus ojos más que un simple particular. En el senado discutía contra él hasta con cólera; en el Foro, en medio de los grupos que allí se formaban, en cuanto era re-

conocido, sólo hacía elogios del gobierno popular y nunca dejó de celebrar con una fiesta el día de Bruto y de Casio. Necesariamente había de tenerse esta conducta por sediciosa; y como Helvidio era senador, la impunidad hubiera sido una de esas pruebas de flaqueza que dan los gobiernos que quieren morir. Vespasiano, arrastrado por



Tito (Busto de la galería de los Oficios).

Mucio, lo dejó condenar á la deportación, y algún tiempo después, por nuevos motivos de queja, envió la orden de muerte. No bien la hubo dado, cuando quiso revocarla; pero lo engañaron diciéndole que era ya tarde.

¿Había tomado parte Helvidio en una de aquellas conspiraciones de que habla Suetonio (1)? Lo ignoramos, pues no conocemos más que una, la de Marcelo, personaje consular, y de Cecina, el antiguo general viteliano. Este había ganado ya muchos soldados cuando la víspera de la ejecución, Tito, que acababa de sorprender una proclama á los

(1) *Assiduas in se conjurationes* (Vesp. 25). Aur. Victor (*de Cas.*) dice lo mismo: *conjurationes multas*. Estas palabras no contradicen lo que hemos dicho en otro lugar. Los buenos efectos que debía producir la renovación del cuerpo aristocrático no podían hacerse sentir inmediatamente, y los antiguos nobles conservados entre los caballeros y los senadores ó expulsados de los dos órdenes, conservaban su carácter de descontentos y sus hábitos de conspiración.

pretorianos, escrita de mano del mismo Cecina, convidó á este general á un festín, y en él le hizo dar de puñaladas; ejecución justa sin duda, pero muy expeditiva, y por su forma, digna de los peores tiempos de Roma. En cuanto á Marcelo, condenado por el senado, él mismo se dió muerte (2).

Desde Tiberio, ningún emperador miró con tanto interés como Vespasiano los negocios de los pueblos aliados ó súbditos: renovó y practicó en grande escala el sistema de las colonias para multiplicar en las provincias el elemento romano. Puede reconocerse por el epíteto de *flavias* que llevan muchas ciudades, las ocupadas por veteranos que enviaron él y su hijo, pero sobre todo él; y eso que no

(2) Este Marcelo, hombre de oscuro nacimiento, era un triste personaje. Nerón le dió cinco millones de sesterces en recompensa de sus servicios para que se condenara á Trasea.

se conocen todas. En todas partes emprendió útiles trabajos, é inscribió en el senado, en la orden ecuestre, á los notables de provincias.

Durante su permanencia en Egipto, hizo en aquel país severas reformas que le atrajeron los sarcasmos de los turbulentos. En Judea, creyó haber sofocado un volcán, que antes de extinguirse conmovió aún todo el Oriente. Los judíos que se libraron de la matanza, huyeron en dos direcciones, á las orillas del Tigris, adonde llevaron su impotente odio, y al Africa, adonde los habían precedido mucho antes un millón de sus correligionarios. Encontrándose allí tan

numerosos, quisieron renovar la guerra que había terminado con la ruina de Jerusalén, y momentáneamente consiguieron turbar á Alejandría, donde derribaron las estatuas del emperador; pero traicionados por sus hermanos en Cirene, en Tebas y en todo el Egipto, perecieron en los suplicios, y Vespasiano mandó cerrar el templo, que el sumo sacerdote Onías había edificado á las inmediaciones de Heliópolis. Algunos griegos arrastrados en estas agitaciones, fueron perdonados; y una sedición que estalló más tarde en Antioquía no fué más severamente castigada. Vespasiano daba poca importancia á estos accesos de turbulencia mu-



Porción de la arena del Coliseo.

nicipal en las grandes ciudades griegas, como no creyera comprometido el orden general.

Más severo fué con un príncipe vecino. Antíoco, rey de la Comágene, había combatido por la causa de Otón en Bedriacum, y por la de Vespasiano bajo los muros de Jerusalén; pero habiendo inspirado sospechas de estar en connivencia con los partos, fué desposeído de su corona quedando su reino reducido á provincia romana. Ya otra vez había puesto Tiberio en manos del imperio este importante punto de las fronteras orientales. El destino de esta familia real marca la dulce modificación de las costumbres de que más adelante hablaremos. En otro tiempo los reyes vencidos eran degollados y sus hijos reducidos á la más miserable condición: un hijo de este Antíoco recibió las insignias de la pretura, después llegó al consulado y fué admitido al gran sacerdocio de los hermanos Arvales.

Agregada la Capadocia á la Galacia para formar una provincia imperial consular; reunido el Ponto á la provincia senatorial de Bitinia, pero sometido á la vigilancia de un

prefecto del litoral pónico, y las colonias de Sínope, Samosata, Naplusa, Emmaus, fortificaron esta línea de las fronteras orientales, que en una extensión de doscientas leguas confinaba por todas partes con los bárbaros. Con esto, no se turbó la paz en todo este reinado, y cuando Vologeso, irritado de no haber recibido ayuda contra los alanos, escribió al emperador con altivez y reconvenções, algunos preparativos bélicos, ó sólo el temor, como dice un antiguo escritor, el temor sólo de una guerra tuvo á raya y en respeto á los bárbaros.

En todas partes estrechaba Vespasiano los lazos del imperio, que Nerón había aflojado tanto: retiró á los licios la libertad, que sin duda el sucesor de Claudio les había devuelto, y los agregó á la Panfilia. También perdió la Grecia la independencia que comprara á costa de sus lisonjeros y viles aplausos, y Rodas vino á ser la capital de la nueva provincia de las Islas. Pero respetó casi siempre las concesiones de ciudadanía hechas por sus predecesores, por cuanto tendían al fin que él mismo entreveía como necesario:

la fusión de los pueblos y la unidad del imperio. La Tracia, esa otra barrera del mundo romano, era desde el tiempo de Claudio tierra del imperio y estaba puesta bajo la autoridad del gobernador de la Mesia. Para que no se distrajera éste de la rigurosa vigilancia que debía ejercer á lo largo del Danubio, formó Vespasiano á expensas de la Bitinia y del Asia una nueva provincia llamada del Helesponto, á la cual anexió la Tracia. Bizancio perdió en esta ocasión su libertad.

Este retocamiento ó recomposición de las provincias probaría otra preocupación, la de dividir los gobiernos demasiado considerables, que desde el tiempo de Augusto se formaban de muy buen grado en Oriente, para concentrar las fuerzas y asegurar más y mejor la resistencia contra los partos. Vespasiano, que había experimentado por sí mismo cuánto favorecían estos grandes mandos los proyectos de los ambiciosos, hizo de la Palestina un gobierno distinto, y disminuyó aún la importancia y las fuerzas del procónsul de la Siria, constituyendo, como acaba de verse, la Comágene y la Capadocia en provincias militares. El mismo pensamiento sin duda hubo de decidirlo á separar la Tracia de la Mesia.

Nada sabemos de las orillas del Rin y del Danubio: preciso es concluir de aquí que la severa disciplina restablecida por Vespasiano mantuvo allí la paz. Sólo se ve que la Mesia roturó tan bien sus valles antes yermos, que se encontró en estado de enviar á Roma grandes partidas de trigo (1). Este hecho dice mucho sobre el poder de colonización que poseía aquella raza romana, trasformando tan pronto provincias que al parecer debían ser mucho tiempo rebeldes á su acción.

Vespasiano aprovechó sin duda una de las lecciones que la guerra civil había dado, cuando estableció enfrente de los Alpes Julianos una colonia en *Flavium Solaense*, en el mismo camino que Antonio Primo había seguido, para que otro tuviera menos facilidad de franquear esta barrera de la Italia.

La Helvecia había sufrido mucho durante la guerra viviliana, y Vespasiano la socorrió, porque se encuentra su nombre en muchas inscripciones de este país, por desgracia demasiado gastadas para suministrar nos útiles indicaciones. Una de ellas recuerda que en honor de su hijo Tito, habían levantado un arco triunfal cerca de Vindonisa (Windish) los habitantes del país (*vicani*).

En la Galia se habían hecho muchas y severas pesquisas contra los fautores de la última insurrección. Ya hemos visto que uno de sus jefes, Sabino, descubierto al cabo de nueve años bajo tierra, fué conducido á Roma y ejecutado; cruel-

(1) *Magno tritici modo annonam P. R. adlevavit* (Orelli, n.º 750). Otra inscripción del tiempo de Marco Aurelio (C. I. L. tom. III, número 753) da á la gran ciudad de Sirmio la denominación de *Colonia Flavia Sirmatium*; uno de los tres Flavios había pues establecido allí una colonia.

dad que mancha la vida de Vespasiano, si no tuvo alguna razón especial para faltar esta vez á su clemencia ordinaria.

Galba había concedido el *ius Latii* á la mayor parte de la Galia. Vespasiano extendió este derecho á toda España. Agotándose Italia, era justo interesar en la causa del imperio á las provincias más romanas. Ya vimos cómo un galo, Vindice, derribaba á Nerón, y otro galo, Antonio Primo, abría el camino de Roma á Vespasiano. Dentro de veinte años comenzará la dinastía hispano-gala de los llamados Antoninos.

Los negocios de Bretaña nos son más conocidos, gracias á Tácito, á quien volvemos á encontrar aquí con la *Vida de Agrícola*. Tres hábiles generales mandaron allí bajo el poder de Vespasiano: Cerialis que sometió á los brigantes; Julio Frontino, el autor del libro de las *Estratagemas*, que redujo á los siluros; y Agrícola cuya administración pertenece á la historia de los reinados siguientes.

Hábil en elegir á los hombres, que es la cualidad real por excelencia, Vespasiano sabía también provocar la abnegación honrando el mérito. Un día, hizo en pleno senado un brillante elogio de aquel hábil gobernador de la Mesia de que ya hemos hablado y permitió que se grabaran sus palabras en una tabla de mármol, que todavía poseemos, con la enumeración de todos los servicios que Plaucio había prestado al imperio.

Vespasiano tocaba ya al término de su laboriosa carrera. Tenía sesenta y nueve años y se hallaba en su casita del territorio de Reate, cuando conoció que se aproximaba su muerte. «Siento que me hago dios,» dijo á los que lo rodeaban burlándose anticipadamente de su apoteosis. No tenía más respeto, en aquel momento á lo menos, para los presagios. Hablábanle de la aparición de un cometa como de un augurio infalible. «Eso atañe, dijo, al rey de los partos que es cabelludo, no á mí que soy calvo;» palabras de un supersticioso, que acaba en incrédulo.

Hasta el último momento lo ocuparon pensamientos viriles: recibió á las diputaciones, dió órdenes, proveyó á todos los negocios, y sobreviniéndole un desfallecimiento, exclamó: «Un emperador debe morir de pie.» Quiso levantarse y expiró en este supremo esfuerzo (23 junio 79).

El primer emperador plebeyo no tuvo historiador; pero cuatro palabras de su biógrafo bastan para su fama: *Rem publicam stabilivit et ornavit*, «fortaleció y glorificó el Estado.» Plinio dice también: «La grandeza y la majestad sólo produjeron en su ánimo el efecto de igualar la potestad de hacer bien con el deseo de hacerlo.» Añádase que este soldado hecho emperador por las legiones, fué más prudente que Trajano, á quien se alaba más. Vespasiano lo pidió todo á la paz; nada á la guerra (2).

(2) Debe sin embargo haber tenido en las fronteras algunos combates, en cuya virtud fué muchas veces proclamado *imperator*, porque una inscripción del año 76 señala su 17.ª salutación imperial: IMP. XVII. in Orelli, núm. 744.

CAPÍTULO LXXVIII

TITO Y DOMICIANO (79-96).

I. — TITO (79-81).

Muerto Vespasiano, tomó Tito el título de Augusto (1). Educado en la corte de Nerón entre los jóvenes compañeros de Británico, asistía al banquete fatal cerca de su amigo y acaso gustó el veneno (2). Sirvió con distinción como tribuno en Germania, en Bretaña y ya lo hemos visto terminar la difícil guerra de Judea. Los soldados lo contaban entre los más bravos; los jefes lo tenían por el más hábil y sus buenas partes le granjearon estimación y afecto. Con todo eso, la inclinación que mostraba á las comensaciones y á los espectáculos, su severidad en el ejercicio de la prefectura del pretorio y el asesinato de Cecina inspiraban inquietudes.

Pero las lecciones de su padre le habían aprovechado; y el gobierno de ochenta millones de hombres le pareció cosa por demás seria para pensar en otra cosa que no fueran los negocios públicos. Su padre lo había preparado asociándolo al imperio (3). Le había dado el título de César, la censura, el poder tribunicio, la prefectura del pretorio y siete consulados. Habiendo llegado al poder en edad madura, lleno de experiencia y harto de placeres por sus mismos excesos, no tuvo ya más que una pasión, la del bien público. Desde el primer día despidió á sus amigos de vida airada, y ya en vida de su padre había hecho á las preocupaciones romanas el sacrificio de sus más vivos sentimientos enviando á Oriente á la reina judía Berénice (4). Al tomar posesión del máximo pontificado, declaró que conservaría puras de sangre sus manos, y cumplió su palabra: nadie en su reinado pereció por su mandato. Dos jóvenes patricios fueron condenados á muerte por conspirar contra su persona: Titó los perdonó, los hizo sentar á su lado en los juegos del Circo, y cuando según costumbre le presentaron las espadas de los gladiadores, se las entregó á ellos para que eligieran; confianza poco peligrosa sin duda, pero que fué muy aplaudida.

Amenazado por continuas conspiraciones Vespasiano había conservado ciertos restos de la antigua tiranía, los delatores y los sobornadores de testigos, sin hacer uso de sus servicios. Tito los mandó azotar, vender ó deportar. Y acabó de arruinar la delación, cuando se negó á recibir las acusa-

ciones de lesa majestad, cuando prohibió acriminar un hecho en nombre de muchas leyes y cuando concedió la prescripción á los muertos, prohibiendo ofender su memoria, pasado cierto tiempo, que también fijó.

Era de temer que esta bondad degenerase en flaqueza. Así Tiberio había establecido por consejo de prudencia que las gracias concedidas por un príncipe fueran confirmadas individualmente por su sucesor so pena de nulidad: Tito reconoció por un solo acto la validez de todas las concesiones anteriores. Esto era más monárquico, puesto que la voluntad imperial parecía entonces una é inmutable, á pesar de la diversidad de los príncipes; pero también era privarse de una útil intervención y dar rienda á la avidez, no contenida ya por ningún temor. Los pretendientes acudieron, sin que ninguno fuera desatendido, y como sus consejeros se espantaron de unos donativos que vaciaban el tesoro y de tantas promesas que no podría cumplir: «Es preciso, les dijo, que nadie salga descontento de la presencia del príncipe.»

Al pueblo, que no solicitaba grados ni funciones, dió á la inauguración del Coliseo juegos magníficos, que duraron cien días, una naumaquia, gladiadores y cinco mil fieras. Desde un estrado que se levantó en el teatro arrojaba á la multitud unas bolas de madera que contenían sendos bonos para comestibles ó vestidos, para vasos de oro ó de plata, para esclavos, yuntas y rebaños enteros.

Construyó nuevas termas, adonde dejaba entrar al populacho, aun mientras se bañaba él mismo; y á fin de que á lo menos en las fiestas encontrara el pueblo su perdida realeza, mostrábase en público las mayores deferencias y atenciones, chanceando en el teatro con el público, declarando que todo se haría á gusto de los espectadores y no al suyo, y que no tenían más que pedir lo que quisieran. Un dicho memorable pinta esta bondadosa facilidad de Tito. «¡Oh, amigos míos! decía suspirando una noche; hoy he perdido el día.» Y era que aquel día no había dado nada.

Los deberes de un jefe de Estado son más austeros, y la popularidad adquirida de esta suerte, á costa de los recursos del erario público, no es ciertamente la mejor: la de Tito era inmensa, bien se comprende, después de la severa administración de Vespasiano. Digamos, sin pasar adelante, que las poblaciones afligidas por alguna calamidad lo encontraron tan bien dispuesto y pronto á subvenir á sus necesidades, como los cortesanos á satisfacer sus deseos. Una espantable erupción del Vesubio se tragó las ciudades de Herculano, Pompeya y Estabíes; una peste diezmo la población de Italia y se encarnizó muy más en Roma, y un incendio que duró tres días devoró otra vez más el Capitolio, la Biblioteca de Augusto y el teatro de Pompeyo. Tito envió á la Campania comisarios consulares bien provistos de dinero y aplicó al alivio de los sobrevivientes los bienes allegados al fisco por la muerte de los que habían perecido en el desastre sin dejar herederos. En Roma, tomó á su cuenta repararlo todo, y para realizar los fondos necesarios para su generoso empeño, puso en venta los muebles de su palacio.

Estas liberalidades, necesarias algunas de ellas, contribu-

(1) Tito Flavio Vespasiano nació en Roma á 30 de dic. del 41, año de la muerte de Calígula (Suet. *Tit.* 2). Tenía pues 38 años y medio á su advenimiento.

(2) Así se creyó y estuvo mucho tiempo y peligrosamente enfermo (Suetonio, *Tit.* 2).

(3) *Participem atque etiam tutorem imperii agere* (Suetonio, *Tit.* 6). Llevó en vida de Vespasiano el título de *imperator* (Orelli, núm. 751), no como prenombre, como lo usaba el príncipe reinante, sino porque había triunfado con su padre.

(4) Era hija de Agripa, último rey de los judíos, hermana del joven Agripa, rey de la Itúrea, viuda de su tío Herodes, rey de la Calcídica, y de Polemón, rey de Cilicia. Tenía trece años más que Tito, y por consiguiente cincuenta y dos á la muerte de Vespasiano. Pero es probable que abandonara á Roma cinco años antes. Volvió al advenimiento de Tito al imperio, sin cambiar las resoluciones del príncipe. Cf. Josefo, *Ant. Jud.* XVIII, 7; XX, 5; Suetonio, *Tit.* 7; Dion, LXVI, 15, 18.